

les hizo una plática á las religiosas, exhortándolas á la obligacion de su estado, y que advirtiesen que algunas le tenian con imperfecciones ofendido, y á dos de las que le asistian les anunció que presto se les llegaria aquel trance, como dentro de pocos dias lo experimentaron verdad. Llegóse la hora de que se le acabasen los trabajos para gozar de los regalos, y á 14 de Marzo á las nueve de la noche trocó esta vida temporal por la eterna, el año de 1653. Acudió á su entierro lo mas noble, y con instancia pedian de sus pobres alhajas algo para reliquias. Despues, el año de 63, al entrar una religiosa cerca de la cráticula donde estaba en un ataúd su cuerpo, le hallaron entero, suave y oloroso.

15.

La venerable madre María de Santa Ana, hija de don Diego Avendaño y de doña Ana de Leon, de México, donde profesó en el convento de Santa Isabel el año de 1602, fué por más de treinta años la vicaria de coro y la que cuidaba de las divinas alabanzas, muy dada á la oracion mental y que en ella se le pasaba la noche entera. Murió con opinion de santidad en 15 de Marzo del año de 1640.

16.

El reverendo padre fray Cristóbal de Zamora, llamóse en el siglo don Cristóbal Romero: de claro linaje y mayorazgo, era copero de la reina doña

Leonor, hermana del emperador Cárlos V, que casó con el rey de Francia Francisco de Valois: considerando los peligros del mundo y los tropeles de la corte, trocó los palacios por la casa de nuestro Padre San Francisco pobre. Llegó á la santa Provincia de los Ángeles; y por no querer manifestar su linaje, no le admitieron. Pasó á la de San Gabriel, y mudando el sobrenombre de Romero en el de Zamora, profesó en ella. Pasó á esta del Santo Evangelio con celo de la conversion: aprendió la lengua mexicana, en que fué eminente: administró como fiel obrero con edificacion y fruto de las almas. Fué varon de humildad profunda, y en extremo pobre: vestia un hábito áspero y remendado, crucificándose con Cristo: se vistió de la desnudez y menosprecio del mundo y sus riquezas: cuando dormia fuera del convento llenaba de yerba un sombrero viejo que le servia de almohada. Era muy dado á la mortificacion y ayunos, y en la oracion muy continuo: murió en el convento de Tula, donde fué guardián y está su cuerpo sepultado. El Martirologio le pone á 16 de Marzo, pero no pone el año: Torquemada, en el libro 20, folio 525, lo pone el año en que murió Arturo, 1566.

21.

El venerable padre fray Juan de Palos fué el último de los doce primeros que vinieron con el venerable padre fray Martin de Valencia. Cayó la

suerte en este varon como en San Matías, porque viniendo con los trece varones apostólicos, fray José de la Coruña (sacerdote) y fray Bernardino de la Torre se quedaron en España; y en lugar de estos dos, para llenar el número de doce, eligieron á este venerable padre, que moraba en Sevilla. Fué en esta tierra, aunque estuvo poco, muy ejemplar y trabajó mucho: predicaba (aunque lego) muchas veces á los indios en lengua mexicana, que desde luego la supo: acompañó, por la obediencia, al venerable padre fray Juan Suarez, uno de los doce, á la conversion de la Florida en la entrada que hizo Pánfilo de Narvaez, donde murió de hambre y de trabajos grandes que tuvieron, con esperanza de que Dios nuestro Señor le regalara la hartura de su gloria. A 21 de Marzo lo pone el Martirologio; el año seria el de 527, porque el padre fray Bernardino de Sahagun, tratando de los doce primeros, dice que á todos los comunicó ménos al padre fray Juan Suarez y fray Juan de Palos, porque un año ántes que viniese (que fué el de 28) se habian ido á la Florida. Fué electo fray Juan Suarez obispo de la Provincia del Rio de las Palmas, segun Antonio de Herrera dice.

22.

El venerable padre fray Juan de Burujon, religioso lego, pasó de la Provincia de San Gabriel el año de 1631. Fué muy austero y penitente. Con

los rigores de la penitencia le regaló Dios con varias enfermedades en el cuerpo, y con visiones espirituales en el alma. Via en el Sacramento del Altar visiblemente á nuestro Redentor, y varias veces se le apareció la gloriosa y devota suya Santa María Magdalena, de donde se pueden colegir sus virtudes, pues mereció tan soberanas visitas. Pasó de esta vida á la eterna, en 22 de Marzo el año de 1550, en México, donde está su cuerpo.

23.

El venerable padre fray Juan de San Clemente, religioso varon portugués, profesó en el convento de México en 9 de Abril de 1568. Era de Ayamonte, hijo de esta santa Provincia, obrero insigne de los más fervorosos que tuvo la Otomí. Aprendió la lengua, que es de las más difíciles que hay en la Nueva-España, en que fué erudito predicador. Fué adornado del gran celo del bien de las almas. Estudió de la oracion, humildad y menosprecio del mundo: en la modestia y castidad fué un ejemplar á todos. Siendo guardian de Tepetitlan renunció la guardianía y pidió irse al convento de Tula, por ir á morir y morar en paz con los religiosos que habian muerto en él, y acompañarlos despues de muerto en el sepulcro. Lleno de virtudes y de años, pasó á la compañía de sus hermanos en 23 de Marzo, el año de 1639, en el dicho con-

vento, con el venerable padre fray Pedro del Castillo, y el venerable padre fray Cristóbal de Zamora, que están en un lugar, como están en la gloria.

El venerable hermano Juan Bautista de Jesus, de la tercera Orden de nuestro Padre San Francisco, hijo de la del convento de Tlaxcala, nació en la villa de Palustan del arzobispado de Toledo, el año de 1599. Tuvo por padres á Juan Sanchez y Catalina Fernandez. Fué desde niño á la virtud inclinado. En viendo una cruz en el suelo se arrodillaba y la quitaba. Enviábale su padre á cortar bellotas, y en no pudiendo derribarlas se hincaba sobre el árbol de rodillas, y luego caían todas. Quedó huérfano y pasó á la Nueva-España el año de 621, y con ocasion de una tormenta, prometió á Dios de servirle en la soledad. Llegó cerca de la Puebla y acomodóse en una hacienda de labor de Pedro Alonso, en ínterin que Dios disponia su retiro. Con lo que le dieron de su salario compró á Ludovico Blosio, unas Horas de la Virgen y un pedazo de sayal, y con un poco de maíz y un cantarillo se fué á la falda de la Sierra que llaman del Pinal, donde estuvo, vestido de un saco que hizo del sayal, comiendo cardos silvestres y maíz tostado, pidiendo á Dios nuestro Señor le diese gracia para pelear contra el infierno y sus enemigos. A la tercera noche le acometió un leon dando voces y muestras de embestirle, y diciéndole, haz lo que Dios te mandare, se fué de su presencia y le dejó

salvo. A los seis meses, por la comodidad de poder oír misa, se pasó á la sierra de Tlaxcala, donde vivió dos años en la caja del agua que baja á Tepeaca.

Vinole al pensamiento pedir limosna y volverse á su tierra para fabricar en ella una ermita, y bajóse al convento de Atlancatepec, donde le albergaron los religiosos de San Francisco. Oyó una voz que le dijo: mira hombre que vas perdido. Recobróse y mudó de intento. Volvióse al puesto, armóse con doce aros de hierro que traía en el cuerpo: cuatro en cada muslo, dos en cada brazo con una cadena con ciento y sesenta eslabones, que tenía nueve varas de largo, metida en las carnes con tres candados, con otros cilicios que trujo, quince años. De allí fué un Juéves Santo á cumplir con la Iglesia, y á tomar el hábito de la tercera Orden descubierto. Desde allí iba á las comuniones y ejercicios: los que tuvo fueron en la soledad muy rigurosos, comiendo una escudilla de maíz cocido, que comia de dos en dos dias á las tres de la tarde. Pasábansele las noches en oracion, y si tal vez dormia, era á una peña dura arrimado, ó en el duro suelo. A esto se le añadian las batallas con el enemigo tan continuas, unas visibles y otras invisibles. En noches tempestuosas se le aparecian, diciendo: ¿qué haces aquí, hombre, que te puede matar un rayo, cogerte una peña ó despedazarte una fiera? A esto respondia: hágase la voluntad de Dios.

Otras veces por los cabellos lo arrastraban por la cuesta abajo, y con el nombre de Jesus lo dejaban. A esto se añadía el aullido espantoso de las fieras, el súbito relámpago del trueno, el ruido hechizo de las peñas, y movimiento ruidoso de los árboles. Nada de esto le espantaba: ni la falta de sustento, ni la mucha nieve, aunque de frío solía andar encorvado, ni el amanecer las culebras junto de su cuerpo enroscadas, porque todo lo llevaba con amor por el que tenía á su Criador, y experimentó la Providencia de su misericordia, porque un día que por la mucha nieve no pudo salir á buscar sustento, le envió un ángel que le dejaba pan para sustentarse. Y en otra, acudió á la cueva de un cuervo que le sacó una mazorca de maíz: llegó á reconocer la cueva, y hallando algunas escondidas tomó la mitad, y remediando su necesidad, volvió al cuervo las que le habian sobrado. Estando en este sitio le mandó un ángel una tarde que bajase á la falda de la sierra. Llegó á ocasion que un labrador estaba echando un cordel para ahorcarse por una cosecha que se le habia perdido: reprendióle, y llevóle á su estancia, donde con palabras, le dejó arrepentido y libre.

Cuatro años estuvo en este sitio con licencia del señor obispo don Alonso de la Mota; pero sabiendo su confesor el peligro tan manifiesto de su vida, le mandó buscarse otro sitio mas acomodado y cerca. Hallóle en un repecho que está sobre una barran-

ca, cerca de San Juan de Tlaxcallan, que llaman Atlahuitec, en una cueva que hace un peñasco por donde bajan unos arroyuelos. Cerróla con pared, echóle puerta y llave y allí durmió un año, en un hueco de la peña en que apenas podía caber un cuerpo, de que le sobrevino un accidente que estuvo para morir. Aconsejóle un padre de Santo Domingo se fuese á la cueva de San Juan Bautista, que está en el cerrito junto á la ciudad de los Angeles, y tomó el consejo.

Mudado á la Puebla, le aconsejaron personas religiosas que fuese carmelita descalzo, y podría ser en soledad ermitaño. Para esto fué al estudio á la Compañía, al colegio del Espíritu Santo. Acudia al Cármen los juéves y domingos á comulgar; y viendo que no podia entrar el estudio en él, porque lo que hoy sabia se le olvidaba mañana, se encomendó á Dios muy de veras, y oyó una voz que le dijo: *Acaba en la vocacion primera.* Dió la sotana de limosna y trocó por el Arte, un libro de Arte de bien morir, habiendo estado seis meses estudiando. Fuese á la ermita de San Juan, y cerca de allí labró una cueva muy pequeña, y en ella hizo una sepultura de huesos donde se recogia, y de donde salia á oír misa y cumplir con la Iglesia, frecuentando los sacramentos. Dormia colgado con el medio cuerpo sobre los huesos de difuntos: y viendo que algunos curiosos iban á ver aquel hombre en tan singular vida, hizo pacto de no hablar con per-

sona alguna. Encerróse, y por una ventanilla que caía al altar de la ermita oía la misa. Allí le llevaban algun pan para que comiese. Vivió aquí cuatro años en austeridad rigorosa y en oracion continua, de que el demonio llegó á sentirlo por lo que con él pasaba.

Estando una noche sobre la sepultura de huesos reclinado, entró el demonio con una hacha encendida, y mostrándose compasivo le alegó lugares de la Escritura para que no se atormentase. Él, conociendo á su enemigo, sacó un Crucifijo y al punto desapareció el demonio. No cesaba de atormentarle, porque unas veces le apagaba la luz cuando rezaba los maitines, otras hacia ruido y estrépito sobre la cueva para estorbarle el ejercicio de la oracion. A estas contradicciones oía una voz como de predicador que le alentaba y animaba á la pelea, y le decia: mira por la honra de Dios. En dos ocasiones le tentó con mujeres: en una se le entró á la media noche una, pidiendo le buscasse una limosna entre sus bienhechores. Estaba enfermo en la cama y dióle la manta con que se cubria, y un libro para que lo vendiese. En otra, una pastora se le entró á guarecer de un aguacero; pero salióse al punto y se fué á la ermita á hacer penitencia, huyendo de la comunicacion de la mujer. En otra, oyó llorar una criatura, y movido de caridad salió y halló una criatura muerta: enterróla en la ermita, y estando en oracion se le apareció gloriosa, y le dijo cómo su

madre la habia muerto por huirse con un hombre y porque no le sirviese de embarazo.

Con las penitencias llegó á enfermar, y el licenciado Pedro de Miranda, compasivo, se lo llevó á un cuarto de su casa. Ofrecióse tomar una purga; y viéndole afligido con los cilicios y cadena, mandóle que se la quitara. Obedeció, aunque con sentimiento suyo, á su confesor. Aquí estuvo en un aposento encerrado. Minoró las penitencias por orden de este sacerdote. Oía todos los dias misa, que decia en un oratorio su bienhechor: comulgaba á menudo: regalábale Dios con dulzuras y favores. Determinó irse á México el padre Miranda, y quedando solo se fué Bautista á la sierra de Tlaxcala á la caja del agua, su primer morada. Despues de haber estado cuatro años en compañía del venerable presbítero, en la sierra volvió el demonio á darle batería; pero mereció que su ángel de guarda le defendiese, y hablando con él como familiar le encomendaba las necesidades de la Iglesia. Revelándole las ruinas futuras, en particular de la Ciudad de los Ángeles, le manifestó los pecados que en ella se cometian, por lo cual Bautista subia á la cumbre y divisando la ciudad le echaba bendiciones.

Bien pensó acabar allí su vida; pero por una carta que le escribió el padre fray Francisco de Cristo, religioso docto, por quien se gobernaba en aquel tiempo, escrita en 18 de Marzo del año de 1639,

se fué al cerro de Atlahuitec; y hallando en su ermita antigua al hermano Diego Ligeró (que había ido á Manila con intencion de pasar al Japon), se volvió por no desalojarlo. Pasó adelante á un país ameno, donde en una gruta hizo su morada: hízole una sepultura, donde puso doce calaveras y unos huesos, tapándolos con una tabla sobre que dormia; y por consejo de este venerable padre pidió limosna y hizo una capilla de seis varas, donde colocó una imágen de la Concepcion de nuestra Señora (pequeña), que tuvo diez y seis meses en su poder, y en quien experimentó grandes maravillas, porque siendo mandado las declaró por escrito con auto del señor don Juan de Palafox y mandato del doctor don Andres Saens de la Peña, cura de Tlaxcala, ante Tomás del Rio, notario y escribano público, el año de 1649, que en suma son las siguientes:

Vido que todos los dias entraban aves y pájaros, huyendo de los gavilanes, y al punto los dejaban. En reconocimiento de este favor se juntaban á todas horas á festejarle con músicas. Muchos conejos, huyendo de los perros y gatos cervales, se entraban en la ermita, y volvíanse los animales feroces sin entrar adentro. En una ocasion un gato cerval cogió á una paloma de las que allí acudian, y teniéndola en la boca le dijo el venerable Bautista: ¡Déjala, por la Virgen Santísima! Y al punto la soltó sin lesion alguna. Todas las mas no-

ches le daban música los ángeles, y llegando á abrir la puerta algunas veces, vía á los ángeles en figura de mancebos, corridas las cortinas y con una luz como si fuera de dia. En una ocasion, viniendo de la ciudad, echó ménos la santa imágen; y juzgando se la hubiesen hurtado, se puso en oracion y al punto la vido venir en una nubecita, y diciéndole: Señora mia, ¿dónde os fuisteis? ¿dónde habeis estado? Respondióle: Fuí á ver á un siervo mio que estaba necesitado. En otra ocasion, yendo á ver el venerable Bautista á un bienhechor que le ayudó á la fábrica de la ermita, enfermó, halló á la imágen á su cabecera. La noche siguiente de la primera ausencia oyó gemir sobre un árbol al enemigo en figura de un negro; y preguntándole la causa de su llanto, dijo: Por esa efigie, que me ha quitado un alma que yo esperaba. Una noche de Navidad le oyó gemir, y preguntado, dijo: Esa Señora es nuestra destruccion, que nos quita las almas. No se contentó con los gemidos el demonio, porque procuró la venganza, derrumbando un peñasco muy alto y grande que cayese sobre la ermita; y viéndole caer el venerable anacoreta, pareciéndole que derrumbaria con violencia la débil ermita, dijo: ¡Señora, mirad por vuestra casa! Cayó el peñasco una vara á un lado de la ermita, y retrocediendo hácia atrás con un disforme salto, rodó por otra parte.

Estas y otras maravillas escribió este venerable

padre; y viniéndole al pensamiento no dar el papel, porque quizá no serian creídas, oyó una voz sensible que salió de los labios de la imágen, ante quien las escribia: Da el papel, que esa es la voluntad de mi Hijo y la mia. Acabado de escribir, el enemigo le mordió la mano derecha con que le escribió; y llamando á la Virgen, la soltó, quedando las heridas, aunque pequeñas, tan venenosas que le ardia la mano como si tuviera fuego, y quedó algo manco de la palma.

Llegó á noticia del señor don Juan de Palafox, así la vida del hermano como las maravillas de la imágen. Llamólo á su presencia; examinó su espíritu, y lo calificó con el nombre de anacoreta entendido. Pidióle la imágen, y entrególa al doctor don Andres Saens de la Peña, el año de 1646 en 7 de Marzo. Túvola su ilustrísima en su oratorio hasta el mes de Diciembre: dióselo al almirante don Pedro Porter Casonate, que la llevó consigo á la California: volvióla á México; de allí pasó al Perú; del Perú, por mar, á Chile, donde murió el almirante, quien experimentó grandes maravillas de la piedad de esta Señora. Dejó mandado al capitan Alonso Gonzalez se remitiese á la catedral de la Puebla; y por mano del padre José María Adamo se despachó al puerto de Acapulco, habiendo ilustrado el austro septentrion con su presencia: llegó á la santa iglesia á principios de Mayo de 1676, donde continúa sus favores con el título de NUESTRA SEÑORA DE LA

DEFENSA, en una capilla suntuosa y devota, á que asiste el ilustrísimo señor don Manuel Fernandez de Santa Cruz con vigilante celo.

Dejemos ya la breve noticia de la santa imágen, y paso en silencio muchos milagros que ha obrado su piedad. Vuelvo al venerable hermano Juan Bautista, que colocó otra imágen en el mismo lugar, y al llevarla salieron las aves y conejos á festejar la nueva huésped, que hoy se halla colocada en la iglesia parroquial de Tlaxcala: obraba muchas maravillas como la primera, porque en una ocasion se entró una cierva herida por un cazador, y despues salió sana, y en agradecimiento no faltaba de visitar á la santa imágen. Muchas veces caían algunos rayos, y dando en la azotea de la ermita, sin hacer lesion alguna se volvian á subir. El año de 1652, en que se inundó Tlaxcala con una avenida, pidió favor á esta sagrada imágen, y al punto cesó el raudal sin que peligrase casa ni gente.

Acompañaban á este siervo de Dios una imágen pequeña de un Niño Jesus y un Santo Cristo de bronce (de un jeme, poco ménos), con una imágen de la Concepcion al pié. Y sucedió que se le perdió el Santo Cristo que traía en un bolso de reliquias: desconsolado, sacó la imágen del Niño Jesus y con tierno afecto le dijo: Niño y Señor mio, ¿cómo dejásteis perder á vuestro sagrado compañero? Y vuelto á un Crucifijo, le dijo con sentimiento: ¡Señor y Padre de mi alma, depárame á tu santa imágen,

por el amor de vuestra Santa Madre! Y al punto entró un niño hermoso en la ermita y puso en el ara el Santo Cristo de bronce. En otra ocasion, llegando á sacar agua del arroyo, se le cayó sin sentir el Santo Cristo: desconsolóse con la falta de una imágen que era de su afecto. Pedia con lágrimas que otra vez se la deparase Dios; y siempre que pasaba muy de mañana para ir á misa por el arroyo, vía una luz que al llegar cerca desaparecia. Puso por señal una rama, y despues que volvió de misa cavó en aquel lugar y halló en la arena su Santo Cristo enterrado, dándole gracias de que volviese á su compañía (como yo se las debo dar por tener en mi poder este Santo Cristo con la bolsa de reliquias en que lo traía, hecha de estameña; porque habiéndosela dado ántes de morir á Manuel Fernandez y á María de Silva, bienhechores suyos, la dieron á su hijo el padre fray José de Silva, que varias veces me la mostró en vida, y por mi dicha, habiendo muerto en mis brazos, quedé, con licencia de su guardian el reverendo padre fray Gabriel de Benavides en San Pedro Actopan, donde murió y está sepultado, con la reliquia muy gustoso). En otra ocasion, estando impedido de los piés, le faltó el sustento; y viéndose en el aprieto, se presentó á la imágen del Niño Jesus y al punto vino una aguililla con resplandores, que traía el nombre de Jesus esculpido en el pecho, que le trujo un pan con que remedió su necesidad, y permitió que viniesen á vi-

sitarlo algunos de sus devotos, que viendo su necesidad se la socorrieron.

Prosiguió en este lugar con sus santas ocupaciones y penitencias recogido en su celda, y durmiendo en el sepulcro, fué llamado á la presencia del señor don Juan de Palafox, que juntando hombres doctos y espirituales, examinó su espíritu, y de las respuestas, y lo que en él conoció, quedó el llamarle el Anacoreta entendido. Acudia á los domingos de cuerda y comuniones de la tercera Orden, y á los ejercicios. El año de 54, en que fuí indigno ministro en Tlaxcala, le confesé muchas veces y conocí la humildad y santa sinceridad. En este tiempo no le faltaron combates del enemigo, que le perseguia envidioso. Un Viérnes Santo estando en una barranca haciendo oracion por las necesidades de la Iglesia, con la vehemente consideracion de la Pasion de Cristo, prorumpió en tiernas lágrimas, y el enemigo con estrépito y violencia derrumbó de la parte superior tierra y peñascos por estorbar aquel acto; y permitió Dios, que le tenia debajo de su patrocinio, con quedar rodeado de tanta piedra y que ninguna le ofendiese. Y para glorificar su nombre, fuí á ver el lugar donde sucedió el caso, de que dí á su Divina Majestad las gracias.

En otra ocasion fueron dos salteadores con intencion depravada á castigar á aquel hipócrita, incitados del enemigo: y él, con espíritu del cielo, sa-

lió al encuentro y con palabras de amenaza los atemorizó, y de allí salieron ovejas tan mansas, que mudando de vida, fueron religiosos muy observantes los dos; y el uno se recogió á vida ejemplar. Otro hombre que vivia olvidado de su salvacion, fué por curiosidad á visitarle, y llevándolo á la ermita corrió la cortina á un Santo Cristo, y puestos los dos en oracion empezó á sudar la sagrada mágen; y advirtiéndolo el hombre, empezó á compungirse confuso, y con grande arrepentimiento de sus culpas dijo: que habia quince años que no se confesaba. Exhortóle el hermano á lo que debia hacer para su salvacion. Confesóse generalmente, y á pocos dias murió de una calentura. A otro que habia muchos años que tenia una comunicacion ilícita, lo reprendió y al punto la dejó: se confesó. Tal era el celo de la honra de Dios, que daba eficacia á las palabras de su siervo.

Llegóse el tiempo de acabar la peregrinacion de su vida, y sabiendo cómo le afligia la orina, le llevó segunda vez á su casa el licenciado Antonio Gonzalez Lazo, cura vicario de Tlaxcala y despues prebendado. Alivióle la carne quitándole un rollo de hoja delata de cuatro dedos de ancho, y otros cuatro de brazos y muslos, y un cilicio de cerdas áspero. Dióle los santos sacramentos, y hallábase acongojado con las batallas que el enemigo le presentaba, y así de cuando en cuando pronunciaba diciendo: ah, traidor! Serenóse con la comunión

que cada ocho dias le daban, sufriendo los dolores con paciencia, y recibida la Extremauncion en 23 de Marzo del año de 1660, pasó de esta vida penosa al descanso de la eterna. Detúvose cuatro dias sin enterrar el cuerpo, y en todo este tiempo se admiró el verle incorrupto y oloroso como si estuviera vivo. Está sepultado en el convento de nuestro Padre San Francisco, en la capilla de la tercera Orden de Tlaxcala.

Imprimió su vida el licenciado don Pedro Salgado Somosa, en la Puebla, por Diego Fernandez de Leon, el año de 683. Muchos fueron los que le mandaron escrebir su vida. El padre Tomás Dominguez, de la Compañía, el año de 30. El doctor Luis de Monzon, el de 32. El padre fray Francisco de Cristo, carmelita, el padre presentado fray Francisco Vallinas, dominico, tres veces la escribió, y otras tantas la rompió temiendo la vanidad. El año de 49 se la mandó escrebir el reverendo padre fray Roque de Figueredo, su ministro y padre espiritual, del convento de Tlaxcala, y acudió á la oracion para hacer lo que le mandaban, y su ángel le dijo la escribiese, que era voluntad de Dios, para honra y gloria de sus divinas misericordias.

25.

El venerable padre fray Marcos de Niza, natural de la ciudad de Niza, en el ducado de Saboya, el año de 531. Con celo de convertir almas pasó